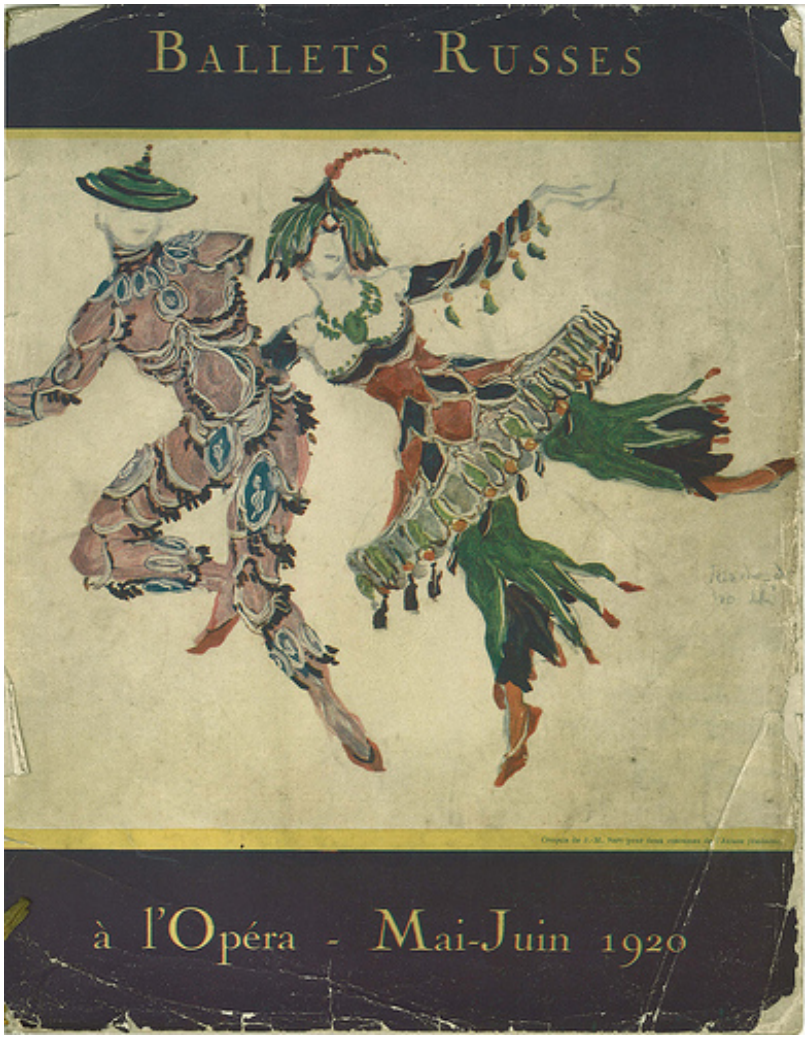

El arte y solo el arte. Eso es lo único importante. Sobra todo lo demás. No se debe perder ni un minuto en todo aquello que no sea arte. Esa es la esencia. Así será mi vida. Diaghilev miraba por la ventana. Se veía el frio atroz. El frío puede verse, como puede verse el alma, como puede verse el arte y todas aquellas cosas que la gente vulgar siempre nos ha dicho que no pueden verse. Diaghilev empezaba a tenerlo claro. Tras la débil luz que iluminaba la calle, tras las hogueras que decoraban las esquinas en un rito de vida, tras el hielo negro, está el arte.

El arte como concepto se vacía a sí mismo en un horror vacui que nos puede instalar en el vértigo hacia un abismo insondable y oscuro. El arte debe hacerse carne, como hizo Dios. La encarnación del arte es uno de los misterios de la vida. El arte escoge a seres sublimes, a seres que no pueden defraudar la esencia de la belleza. La belleza puede serlo todo. Diaghilev descubre la belleza, descubre a un ser que la encarna, un elegido, un hombre ungido que lo arrebata en un rubor

febril del que ya no podrá liberarse.

Nijinsky es la representación de la belleza atribulada ; su procacidad, su arrojo, su ambigüedad casi lasciva… Nijinsky lo es todo, tiene esa juventud efervescente que lo convierte en un animal cuya doma motiva a Diaghilev y le hace sentir vivo, como solo uno se siente al descubrir un objeto de depredación que va a exigir de toda la fuerza del mundo hasta su reducción. Su estética de apolo, su belleza agreste, su carácter mitad afable mitad indómito resulta irresistible. Diaghilev se acerca temeroso pero con la astucia de quien cree que la oposición durará lo que permita la vanidad de la presa. Nijinsky es vanidoso, todo es vanidad, Diaghilev sabe esto, y muchas mas cosas. Promesas de inmortalidad. Nada más gratificante que mostrarle al objeto de deseo los secretos de la vida, los órdenes invisibles que todo lo rigen.

Es hora de convertirse en cicerone: paseos por la Perspectiva Nevsky, visitas al Hermitage para ver cómo Leonardo descubrió también la belleza, cenas con la nobleza siempre lo suficientemente aburrida,

ávida de nuevos objetos dignos de devorar.

Palacio Yusupov, con ecos de conspiración y muerte, las salas del Strogonov donde quedarían las huellas de

la Paulova, paseos por el Moika para ver las tinieblas de la vida, la cara oculta como la que llevó a Puskhin a mirar a la muerte a los ojos . La noche sirve para descubrirle a Nijinsky los placeres de una vida desconocida. Salones de malaquita con el oropel barroco que tanto odiara Catalina, los muebles más exquisitos, tapices, el ornato de ese París que iba calándose silente en el alma del Neva , hasta hacer colocar caviar en un huevo Fabergé . La relación se hace fuerte y Diaghilev se siente impregnado para siempre del alma descubierta.

Aun sienten el miedo que invade el continente, está sin cerrar la herida que la pasión entre hombres dejó a Wilde huérfano de vida. Diaghilev se adhiere a ese dandismo maravilloso que tanto le debe a Oscar, teme que Nijinsky sea su Bosie. Aún así dan el paso y no esconden su vida conjunta. ¿No se admira acaso con sinceridad la belleza de Eros y Psique? ¿ No se le saltan las lágrimas a un hombre al ver la belleza desgarrada de la Piedad de Miguel Angel?

El éxito, los Ballets Rusos son el reclamo de la elegancia parisina, las giras por todo el mundo, el arte al que juró consagrarse vence y Diaghilev comprende la esencia, descubre la gracia, que cantó Battiato.

Todo ascenso tiene caída. Caer es el paso aristocrático a la verdad de la vida. La boda de Nijinsky con Romola de Pulszky abre a Diaghilev el deseo incontrolado de lo que ya se sabía perdido, pero trata de recuperarse aunque solo sea por vengarse del destino en una postrera violencia que trata de sellar con sangre una herida del alma. Los dioses tienen su ocaso.

El fin de la vida, el adiós, la caída definitiva se produce en el Gran Hotel des Bains. La muerte en Venecia, una vez más, como en un homenaje a Thomas Mann, donde Diaghilev tal vez dejó la vida con la melancólica mirada hacia una playa en la que recordó a su Tadzio.